

NICANOR Y LAS MANZANAS

Asomándose a la puerta de la cocina con una fuente grande en las manos, la Sra. Mejía llamó a su hijo: -¡Nicanor o o or! ¡Necesito manzanas para algunos pasteles!

Antes que terminara sus explicaciones, Nicanor ya estaba a su lado esperando que le diera la fuente.

-Por favor, Nicanor -añadió su madre-, junta únicamente las que hayan caído al suelo. Llena la fuente de modo que tenga suficiente fruta como para hacer cuatro pasteles.

-¡Cuánto me gusta el pastel de manzana! -exclamó Nicanor mientras corría hacia los árboles frutales. Sin embargo, había una duda en la mente del muchacho, y mientras se dirigía hacia los manzanos se preguntaba:

-¿Por qué mamá me habrá pedido manzanas como para cuatro pasteles? Hoy es lunes..., la tía Berta y el tío Juan no vendrán hasta el jueves que es el día cuando se inicia la exposición.

Mientras iba pensando así, Nicanor llegó al árbol favorito de su padre y allí vio las mejores manzanas de la región, manzanas que su padre presentaba en la exposición todos los años y que le aseguraban el primer premio. Eran realmente unas manzanas hermosísimas, y mientras Nicanor las miraba con ojos hambrientos, parecían agrandarse y tornarse cada vez más rojas.

-Seguramente papá no se dará cuenta si me como una, o dos, o tres..., tal vez cuatro -pensaba Nicanor-; sin embargo, me dijo que no las tocara, y yo prometí obedecerle.

Cuando casi se había convencido de que realmente era mejor dejar esas manzanas tranquilas y resignarse a comer las que habían caído al suelo, una nueva tentación se apoderó de él y esta vez lo venció. Nuestro amiguito Nicanor se decía:

-Al fin y al cabo son mucho mejores que las que están en el suelo... Arrancó dos o tres manzanas del árbol, mientras juntaba las del suelo y llenaba la fuente como su madre le había pedido.

Miró en derredor suyo, no vio a nadie y siguió mordiendo las manzanas con grandes bocados. Sin embargo, por una razón u otra no le parecían tan sabrosas como en las ocasiones cuando su padre se las daba al final de la exposición después de haber ganado los premios.

Cuando tuvo llena la fuente, la llevó a su madre, que estaba en la cocina; pero, al subir los escalones de la puerta de atrás, le pareció oír voces conocidas. Se arrimó a la puerta, espío, y, efectivamente, ¡su padre estaba allí!

El papá de Nicanor había salido de viaje y no esperaba estar de regreso en casa hasta el día miércoles, pero he aquí que el lunes ya estaba de vuelta. Desgraciadamente no fue una sorpresa muy agradable para Nicanor.

-Estoy verdaderamente orgulloso de ti, Nicanor -dijo el padre cuando el niño entró en la cocina- Mamá me ha dicho que te has portado muy bien, que has cortado el césped y que has quitado las malezas de la huerta. Todo esto me alegra mucho. ¿Cómo están esas manzanas especiales para la exposición? Dejaré las mejores en el árbol hasta pasado mañana, cuando las arrancaré y prepararé para presentarlas en la exposición.

Al decir estas palabras el padre de nuestro amiguito se encaminó hacia sus manzanas, luego de haber invitado al niño que lo acompañara. Pero los pies de Nicanor se hacían cada vez más pesados, y se movían más lentamente que los de su padre. A los pocos pasos el padre se dio vuelta para buscar a su hijo y, viéndolo que se quedaba rezagado, le preguntó:

-¿Qué pasa, hijo?

Por toda respuesta Nicanor sacudió su cabeza negativamente. Cuando llegaron al árbol de las manzanas favoritas, el padre de Nicanor se detuvo sorprendido. Observó las ramas que tenía directamente delante de sí, y luego miró alrededor del árbol inspeccionando cuidadosamente las ramas en busca de las manzanas. Pero, por más que las buscaba, no las podía hallar.

-¿Qué ha pasado con mis mejores manzanas? ¿Qué ha pasado con las manzanas que quería llevar a la exposición? ¿Ha habido otras personas cerca de este árbol, aparte de mamá, abuelita y tú?

Todas estas preguntas contestó Nicanor en silencio, apenas moviendo su cabeza de un lado a otro. - Entonces..., ¿será posible que? ¿Sabes, Nicanor, en qué estoy pensando?

-Yo... yo... las... comí... , papá -atinó a decir Nicanor, mientras muy turbado se empeñaba en cubrir los dedos de sus pies descalzos con el polvo de la huerta.

-Pues entonces este año no ganaremos ningún premio -dijo el papá- Hay otros granjeros que tienen manzanas tan buenas como éstas que quedan. Las nuestras ya no son las mejores. Oye bien, Nicanor; lo que te voy a decir es importante para ti. El dinero que pensaba ganar este año con los premios lo iba a destinar para que hicieras un viaje a la casa del tío Juan y la tía Berta. Ahora, como no hay premio, no habrá viaje a la casa de los tíos.

-¿No sirven las manzanas que quedan?

-No, Nicanor. De ninguna manera.

Nicanor hundió su rostro entre sus brazos apoyados contra el árbol, llorando desconsoladamente. Su padre se retiraba hacia la casa, pero después de unos pocos pasos se dio vuelta y habló cariñosamente a su hijo:

-Nicanor, tú no has obedecido. Tendrás que recordar que "el camino de los desobedientes es duro". Sin levantar la vista, Nicanor asintió con la cabeza, y tristemente se fue hacia la casa.

Si no hubiera comido esas manzanas, al día siguiente de la exposición, habría podido viajar en el tren con el tío Juan y la tía Berta. ¡Qué linda vacación se había perdido!

Mientras se secaba las lágrimas con las mangas de su camisa, se repetía, murmurando:

-Los caminos de los desobedientes siempre son duros. -y añadió en voz más alta:- Sí, me parece que ahora lo sé; jamás lo olvidaré.

Y en verdad Nicanor no olvidó el resultado de su desobediencia. Le quedó bien grabada la lección.